

LO MARAVILLOSO EN RUIZ DE MONTOYA

Antonio Ruiz de Montoya nace en Lima en 1585. A los 21 años de edad ingresa en la Compañía de Jesús. Destinado a la recién fundada provincia del Paraguay, continúa sus estudios en Córdoba y es ordenado sacerdote por el obispo Trejo, en 1611. De allí pasa a trabajar como misionero entre los guaraníes, fundando reducciones en el Guayrá.

Desde 1622 es superior de las misiones del Guayrá. Ante los ataques que sufren las reducciones por parte de los portugueses, decide evacuar el Guayrá, en 1631, con más de 10.000 guaraníes. Descendiendo por el Paraná, se reinstalan en la actual provincia de Misiones.

Desde 1637 se desempeña como superior de todas las reducciones. Como continúan los ataques de los bandeirantes, es elegido procurador de la provincia jesuítica ante la corte. Llega a Madrid en 1638, permaneciendo cinco años en la península. Se entrevista con el rey Felipe IV y logra medidas de protección para los indios.

En España hace imprimir tres obras que llevaba redactadas desde América: *Tesoro de la lengua guaraní*, *Arte y Vocabulario*, *Catecismo*. En Madrid redacta e imprime otra obra: *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*.

De regreso es enviado a Lima y no a las reducciones, para evitarle el encuentro con los vecinos del Paraguay, duramente criticados en sus memoriales. En Lima continúa ocupándose de los guaraníes y reclama armas ante el virrey para que se puedan defender.

Allí muere, con fama de santidad, en 1652.

En el presente trabajo me limitaré a la *Conquista espiritual*.

La primera edición de esta obra es de 1639, en Madrid. La segunda es de 1982, en Bilbao. La tercera, realizada por Ernesto J. A. Maeder, es de 1989, en nuestro país. De esta tercera edición están tomadas las citas.

La *Conquista espiritual* abunda en relatos de anécdotas fantásticas que hacen sonreír, con frecuencia, al lector moderno. Por ello la obra ha despertado poco interés entre los historiadores.

Los antropólogos, en cambio, han encontrado en este escrito un material abundante para profundizar en el conocimiento de la cultura y la mentalidad de los pueblos aborígenes reflejados en él.

Ahora bien, mi tesis es que este libro, además del interés que despierta en el campo antropológico, constituye una de las expresiones más auténticas de un gran proyecto misional, realizado por la Compañía de Jesús en la región del Paraguay, que puede compararse con el otro gran proyecto misional, el de los franciscanos en México, durante el siglo precedente.

Dentro de ese proyecto, lo maravilloso en la *Conquista espiritual*, no queda reducido a un mero estilo literario, ni se explica simplemente por el temperamento y la imaginación del autor. Lo maravilloso, aquí, es una categoría de pensamiento que afecta a la estructura central de la obra. Si se pretendiera expurgarla, quitándole todos los relatos fantásticos, quedaría tan poca cosa que ofrecería aún menor interés a los historiadores. Algo así como si a la Biblia le suprimiéramos todo lo maravilloso; nos quedaría un relato que sería menos creíble aún para el no creyente.

I. VISION DE LA NATURALEZA

En el capítulo III encontramos el primer relato fantástico, quizás el más increíble de toda la obra, el de la violación de una india por un pez monstruoso:

“Estaba una india lavando a la orilla de un río y al olor del menstruo que padecía (cosa que les provoca a estos animales) embistió con ella, y llevándola a la otra banda del río, con seguridad de que se ahogase (que aún en esto se mostró la naturaleza) la sacó a tierra a la orilla, y allí tuvo su acto, de que la dejó totalmente perdida (...), guardábala el pez, y venía a verla tres días que allí estuvo: halláronla, y aviendo dado cuenta de esto, y recibidos los Sacramentos murió” (pág. 51).

Para interpretar este extraño “suceso”, conviene tener en cuenta lo siguiente:

a) El mundo de los guaraníes, la selva paraguaya, en la descripción de Ruiz de Montoya es algo maravilloso, tanto en plantas como en

animales, superior a lo que se puedan imaginar los europeos. A estas maravillas de la naturaleza van a corresponder las maravillas de la gracia. Es como un nuevo paraíso terrenal en el que los misioneros reeditan las maravillas de la época apostólica en la primera comunidad cristiana.

b) Ruiz de Montoya no cae en el mito del buen salvaje, ya que señala el pecado, la maldad de algunos indios y la acción destructiva del demonio. En la naturaleza misma se refleja la ambivalencia del bien y del mal. Algunos animales acompañan la acción del misionero, como el caballo de San Roque González que lloraba cada vez que nombraban a su jinete martirizado. Otras veces los animales les vienen a ser instrumentos de las insidias del demonio, como los ofidios, según es costumbre desde el pecado original. Algunos animales parecen estar predestinados a ser signos de la bondad divina, otros de la maldad del demonio.

c) El mundo de los guaraníes es un *universo continuo* que no se deja fraccionar en estamentos de cosas, plantas, animales y hombres. Los animales penetran en la vida del hombre, más aún se compenetran de su mentalidad. En el mismo cap. III refiere que el tigre “busca la peor carne, y si hay español y negro y indio, embiste con el negro, y si negros solos, con el más viejo o de mal olor” (pág. 53). Casi parecen tigres racistas. Más adelante aparecerán los tigres en una perspectiva sobrenatural, como instrumentos del demonio, en unos casos, o como ministros de la divina justicia, en otros.

d) La continuidad del universo se da tanto entre los diversos grados de ser del mundo *visible*, como entre éste y lo *invisible*. Unas plantas han sido dadas por el demonio, otras por hombres de Dios. Así nos enteramos que la yerba del Paraguay, antes de la llegada de los misioneros, “no se bebía ni aún se conocía sino de un gran hechicero o mago que tenía trato con el demonio, el cual se la mostró y dijo, que cuando quisiese consultarle, bebiese aquella yerba” (cap. VII, pag. 66). Aclaremos que el misionero confiesa no haberla probado nunca. Y como contrapartida, el apóstol Santo Tomé les dio a los indios la mandioca (cap. IX). La yerba para los hechizos y la mandioca para el alimento.

II. VISION DE LA HISTORIA

A una visión de la naturaleza como algo maravilloso, corresponde una visión de la historia no menos maravillosa. Para nuestro autor, la

historia profana queda integrada en la historia sagrada, participando la primera del carácter maravilloso de la segunda. No niega Ruiz de Montoya la importancia del conocimiento científico de los hechos. En algún caso, señala el estudio crítico a que sometió un relato y las fuentes que utilizó. Pero por lo general transcribe simplemente lo que oyó, dejando la impresión de que la obra se fundamenta en dichos y no en hechos, como si fuera literaria y no histórica.

Pero el autor no se ha propuesto escribir una obra literaria, en la que deje volar la imaginación. Tan histórico es el libro como real es la esclavitud a que son sometidos los indios. Lo escribe en Madrid cuando está gestionando medidas de protección para los indios. Es un alegato jurídico respecto de una situación muy real, como es real e histórica la posición adoptada por la corte a raíz de su intervención.

Las persecuciones de españoles y portugueses contra los guaraníes son, aparentemente, hechos de la historia profana. Pero para Ruiz de Montoya son, en el fondo, episodios de una historia sagrada, expresada en el título mismo, *Conquista espiritual*. La verdadera historia, para él, reside en la conversión del pueblo guaraní a la fe cristiana. El demonio movió cielo y tierra para impedirlo, y al no lograr su objetivo buscó la aniquilación del pueblo guaraní. Y casi lo obtiene, ya que perecieron miles de indios, pero el Señor no abandona a los que confían en él.

La Iglesia hoy propone, como fines de su accionar, la evangelización y la promoción humana. En otras palabras: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Ahora bien, ambos objetivos aparecen en la *Conquista espiritual*, pero con una estructura más unitaria que la de nuestros días. Ha habido un genocidio terrible de pueblos guaraníes, pero ese genocidio es, para Ruiz de Montoya, una persecución religiosa contra los recién convertidos, que impide al mismo tiempo la conversión de otros indios. Así como la historia profana tiende a ser absorbida por la sagrada, de modo similar la promoción humana es absorbida por la evangelización.

Nuestro autor parte de la premisa de que la fe es el valor supremo para el hombre. La promoción humana consiste entonces en promover todo lo que despierte y acreciente la fe. Que esos pueblos puedan vivir en paz, es condición ineludible para que vivan y practiquen su religión. A ello se ordena también la vida en sociedad, el trabajo creativo y no de esclavos, el respeto por la propiedad ajena, etc.

La historia guaraní posee un sentido, una dirección, una meta. Para captarlos nuestro autor fija su mirada en los tiempos apostólicos,

recordando la gran misión fundacional de Santo Tomé, a la que dedica seis capítulos (XXI al XXVI). El apóstol probablemente cruzó de África al Brasil, continuando por Argentina, Paraguay, Bolivia y Perú. A los indios le dio la mandioca. En Brasil construyó una cruz de palo "santo" y la llevó 1.200 leguas, cruz que se encontró últimamente. Por los trocitos de esta cruz hace el Señor muchos milagros, principalmente contra rayos e incendios (pág. 128). Más allá de la veracidad de estos hechos, lo maravilloso está en el sentido que descubre en la historia guaraní.

III. UN TIEMPO FUNDACIONAL

De la predicación del apóstol Santo Tomé quedan rastros en la veneración de los indios por una trinidad. Más aun, el santo profetizó la entrada de los de la Compañía de Jesús (pág. 123). De este modo, la conquista espiritual realizada por los jesuitas, entronca directamente, por sucesión profética, con la Iglesia a los apóstoles. Y así como aquella surgió en un tiempo fundacional, de modo similar la cristiandad guaraní surge en otro tiempo fundacional. Se está viviendo, en consecuencia, lo maravilloso propio de los tiempos fundacionales.

Son frecuentes los paralelismos que encuentra el autor entre los Hechos de los Apóstoles y los hechos de los misioneros. El episodio de Ananías y Safira (Hechos 5, 1-11) se renueva en la historia de un cacique que, al convertirse, despidió a sus seis mujeres. Pero tenía escondidas otras 30. Había defraudado al Señor, como Ananías y Safira, por lo cual fue castigado con una enfermedad mortal, pero murió arrepentido (pág. 94).

Es propio del tiempo fundacional un combate decisivo con el enemigo, es decir con el demonio. Lograda esta victoria esencial, lo que queda después son escaramuzas. De allí que los demonios aparezcan tanto en los evangelios, batiéndose en retirada, como un signo de la victoria de Cristo. Y al revivirse el surgimiento del cristianismo en América, era obvio que el demonio haría un máximo esfuerzo en ese combate inicial y decisivo.

Los magos y hechiceros generalmente aparecen vinculados con el demonio. De uno dice: "gran cacique, gran mago y hechicero y familiar amigo del demonio" (pág. 73). Cuando caía en trance (fingido, según nuestro autor), publicaba "muchas mentiras de cosas futuras". Pero no todo eran mentiras, ya que "a veces se seguían efectos, sacándolos

del demonio por sus conjeturas". Si el combate fuera sólo entre la verdad y la mentira, podría parecer una lucha de tipo intelectual. El verdadero combate es entre la verdad de Dios y la mentira del demonio, el cual posee algunos poderes para tentar a los hombres. En una ocasión ese hechicero predijo una disentería, como castigo de un robo, lo que se cumplió. Pero quedó superado por otra profecía del P. Simón, de que el hechicero y los suyos serían castigados por no honrar a Nuestro Señor, lo que ocurrió poco después, ya que cayeron en manos de indios enemigos. Los sobrevivientes volvieron "bien enseñados con este castigo a no creer a los ministros del demonio y a creer a los de Dios" (pág. 74).

El combate con el demonio adquiere un carácter cósmico, con la participación de los animales más feroces. Por un lado, amenazar con tigres y serpientes es "ficción común de que estos hechiceros" (LX, 235). Pero lo normal es que las fieras combatan por la buena causa.

A unos indios rebeldes a la conversión, "domó su furia el cielo con tigres que andaban a manadas" (LXII, 237), los cuales tuvieron cercados a los indios durante cuatro días. Los convertidos se olvidaron después de la ley divina, y entonces "volvieron los tigres con más furioso estrago", siendo desterrados solo con oraciones. Unos magos retornaron a sus prácticas secretamente y por tercera vez los tigres "como instrumentos de la justicia divina" ejecutaron peores daños. Les pusieron más de 200 trampas, pero ningún tigre cayó en ellas, aunque lograban apoderarse de los venados puestos como cebo.

IV. EL PODER DE LA PALABRA

Como nota el autor, entre los guaraníes tiene mucho prestigio quien posee el don de la palabra. Eso le lleva a transcribir elegantes discursos en los que no interesa la reproducción exacta de las palabras sino el efecto global de la elocuencia. Los misioneros, entonces, no sólo debían aprender medianamente la lengua, como para hacerse entender, sino dominarla plenamente, para lograr convencer. La impresión que nos queda es que los guaraníes habían desarrollado notablemente el arte de la oratoria. De este modo, el combate espiritual será más auténtico, entre la Palabra de Dios y la palabra de los hechiceros.

Había un cacique honrado, a quien el demonio quiso ganar mediante un gran predicador de mentiras, "gran ministro suyo" (IX, 75). Este

mago empezó a hacer su arenga en voz muy alta, “usanza antigua destas bestias”, exagerando sus poderes. Pero el cacique bueno le hizo atar una gran piedra al cuello y arrojarlo en el río, diciéndole: “Yo quiero probar si es verdad lo que tú dices, que das vida a otros, y lo veré si escapas de la muerte que ahora te tengo de dar”. Obviamente los poderes del mago no daban para tanto, y así “el desventurado acabó su infeliz vida”.

Uno se puede preguntar cuál de los dos, el cacique o el mago, estaba movido por el demonio, si el mago por lo que decía o el cacique por lo que hacía, dándole muerte con palabras de humor negro para nuestro gusto. Pero lo que interesa al autor es el triunfo visible del bueno y el efecto que ello tuvo en los espectadores, pudiendo distinguir así la diferencia entre la Palabra verdadera y la mentirosa.

De un cacique principal dice el autor que era “ministro del demonio” (XI, 82). La única razón parece ser el haberse divorciado de su mujer y juntado con otra, lo que hoy no nos parecería tan demoníaco. Este cacique fue a visitar a los Padres y comenzó a increparlos: “Vosotros no sois sacerdotes enviados de Dios para nuestro remedio, sino demonios del infierno, enviados por su príncipe para nuestra perdición”(83). Como vemos, el cacique utiliza hábilmente el mismo esquema de los misioneros: ministros de Dios, ministros del demonio, como proposiciones contradictorias, de modo que basta probar una de las dos para que se siga la otra como consecuencia.

Como buen orador, el cacique da sus razones: 1) Nos quitáis la libertad con que vivieron nuestros antepasados, pudiendo tener varias mujeres. 2) Nos quitáis (con las mujeres) la alegría con que ellos vivieron. 3) Queréis destruir nuestras tradiciones. Digamos que estas razones encontrarían hoy eco en más de un antropólogo. Pero lo que nos interesa ahora es el retruque: son los Padres los ministros del demonio, no nosotros. La lucha espiritual es llevada entonces a un plano más sutil, el del discernimiento. Ya no cuentan los tigres ni los prodigios para inclinar la balanza. No pesa el poder sino la sabiduría. Lo maravilloso, por no decir fantástico, utilizado por ambos bandos, aunque con mayor contundencia por los misioneros, cede el terreno a la maravilla de la palabra. La imaginación, que por momentos puede resultar incontrolable, queda superada por la razón, no en abstracto, sino en palabras vivas. Al plantear la confrontación en el terreno del discernimiento, Ruiz de Montoya se muestra un hijo fiel de San Ignacio, para quien uno de los frutos principales de los Ejercicios Espirituales está en adquirir el don del discernimiento.

V. LA PALABRA SACRAMENTAL

El poder de la Palabra de Dios se manifiesta no tanto en discursos cuanto en la palabra que anima los ritos sacramentales. El demonio comprende esto, y no se va a limitar a sugerir buenas piezas oratorias a los hechiceros. Tiene que llegar hasta la palabra sacramental. Como dice San Ignacio, el demonio se disfraza de ángel de luz, "*sub angelo lucis*". Esto fue sentido por nuestro autor y es expresado en la forma más plástica posible.

En una ocasión, cinco demonios se les aparecen a los indios, cuatro con sotanas negras, muy hermosos, el quinto como pintan a la Virgen. Cantaban como en las iglesias, pero hablando mal de los Padres. Finalmente esto sirvió para que los indios tuvieran más afición a los misioneros. Se aparecieron también en otras figuras y disfraces (XVII, 100). En otra ocasión el demonio estorbó haciendo ruido durante el sermón, pero fue vencido mediante la oración (XVII, 101).

Después de la palabra sacramental eucarística, ocupa un lugar muy destacado la palabra sacramental de la confesión. El tema de la integridad de la confesión vuelve una y otra vez, dejando por momentos la impresión de que se inculca el valor de la integridad material y no de la formal, como si la validez de la confesión consistiera en que sean dichos todos los pecados realmente cometidos, siendo así que es suficiente confesar los que uno recuerda y los que uno cree, de buena fe, que son pecados. Tampoco aparece claramente la distinción entre faltas graves, cuyo ocultamiento culpable tornaría inválida la confesión, y las leves, que no hay obligación estricta de confesar. En cierto momento, nuestro autor se sorprende de lo lejos que se ha ido, creando una conciencia más bien escrupulosa.

Son innumerables los ejemplos de "resurrecciones", generalmente breves, para que el finado pueda confesar un pecado que había omitido, y así morir finalmente en paz. Un indio que se murió, resucitó y contó lo que había ocurrido. Creía él que iría al cielo, pero lo agarró el demonio y le dijo: "Tú eres mío" (XVII, 98). Empiezan así a discutir y a tironear. La razón dada por el demonio es que nunca confesó el haberse emborrachado dos veces, hecho ocurrido años atrás. "Es verdad (dijo él)... no por malicia sino por olvido, y así Dios me los ha perdonado ya". Pero el demonio porfiaba que no. En ese instante, el indio vio a San Pedro y a dos ángeles que lo liberaron y lo devolvieron a la vida. Vivió el indio tres días más, advirtiendo a todos que se confesaran bien, como él lo hizo confesando aquellos pecados olvida-

dos. "Y fue muy grande advertencia para prepararse con buen examen para la confesión, y así muchos hicieron confesiones generales".

La distinción entre integridad material y formal no parecía ser captada por el indio guaraní. La palabra tenía simultáneamente un valor objetivo y real, como la palabra de Dios que crea lo que anuncia, y la palabra sacramental que confiere efectivamente la gracia, y también un valor subjetivo, plano en el cual situamos la culpabilidad. Los misioneros respetaron esa conexión entre lo objetivo y lo subjetivo de la palabra, pero tuvieron que admitir o imaginar infinidad de resurrecciones, evitando así que alguien se condene por una omisión material y no formal.

El mundo guaraní es un mundo muy imaginativo, donde los sueños, los deseos y las imaginaciones se confunden. Ruiz de Montoya ha expresado bien ese mundo como si fuera propio. Un historiador se sentirá desconcertado por los relatos de hechos portentosos, pero si presta atención descubrirá que, más allá de los hechos, reales o imaginarios, el autor nos ha transmitido no sólo el alma guaraní sino también la crisis de la conversión a la fe cristiana. Lo primero resume toda la historia de un pueblo, lo segundo refleja el momento del encuentro entre dos culturas, dos mundos, dos creencias. El cristianismo plasmó más el fondo, la cultura guaraní la forma.

Hoy abordaríamos el encuentro de otro modo, respetando su cultura y rescatando de su religión todo lo bueno, noble y creativo. Pero el esquema del siglo XVII era que se enfrentaban la verdadera fe con el paganismo. Lo que rescatan los misioneros de las religiones indias son más las virtudes que las creencias, y una tradición como la del apóstol Santo Tomé, de inspiración cristiana. En general, rescatan a los caciques y desautorizan a los hechiceros o magos. Si alguno de estos últimos se convirtió, tuvo que abandonar sus hechicerías. No vieron cómo integrarlos al nuevo mundo guaraní. Es difícil también hoy decir si eran integrables a un nuevo mundo de fe cristiana. A nivel consciente, los misioneros rescataron mucho de la cultura guaraní, comenzando por la lengua. A nivel inconsciente, rescataron mucho más, como el sentido de lo maravilloso y la homogeneidad del mundo visible-invisible, natural-sobrenatural, terreno-celestial. Por eso sostengo que lo maravilloso no es un adorno prescindible, en la *Conquista espiritual*, sino una categoría fundamental que nos revela más de lo que su autor mismo imaginó.